

"El huerfán de Valenciano" 11 Octubre 1923



TIRIFILITO

Este no es don como don Wilibrordo y don Anfiloquio, y éste es diminutivo. Se llama Tirifilo, pero sus compañeros de peña de casino le llaman Tirifilito. Y será Tirifilito siempre, hasta cuando sea ya viejo; y no por eso respetable. Es fundamentalmente un señorito. O sea un turista. O un deportista.

Un turista por el mundo. Nació para hacer una excursión por la vida y divertirse lo más posible. Su fuerte — es decir, su flaco — son las apuestas. Ha llevado a cabo una porción de fechorías, que él llama hazañas, no más que para ganarse una apuesta. «A que no te atreves a...» lo que sea. Y Tirifilito: «Yo tengo... calzones para eso y para mucho más.» Y allá va el señorito.

Ahora ha tomado asiento de orquesta, según él dice, y está dispuesto a divertirse con la función. «Ya era hora que hicieran trabajar a tantos vagos de real orden» — dice él, que es vago de nacimiento y por herencia. Por herencia de un capital que le dejó su padre, un eminente usurero.

Lo malo es que la sensibilidad de Tirifilito empieza a gastarse con tanta cosa sensacional y cada día pide más sensacionalidad. Y ya se dedica a discutir si una medida que se anuncia es sensacional o importante, o profunda, o trascendental o piramidal.

Tirifilito, el turista casinero, tiene educación de cine: En el cine ha adquirido una especial idea de lo que es un hombre de acción. Para él, hombre de acción es un hombre de gesto. Los gestos y los ademanes son acciones. No le cabe en lo que en él hace las veces de cabeza que en un drama el nudo de la acción,

la verdadera acción, lo más activo se desarrolla en un monólogo que el actor recita sentado y sin accionar, sin hacer gestos. El inmortal monólogo de Hamlet en la escena primera del acto tercero del «Hamlet», aquel que empieza «ser o no ser...» por ejemplo. Una vez que oyó decir que Rousseau, el mayor padre de la gran Revolución Francesa, fué hombre tan de acción como el mayor hijo de ella, Napoleón el Grande, Tirifilito, que tiene una vaga idea de quiénes fueron uno y otro, exclamó: «¡Eso no se le ocurre más que a un intelectual!» Lo que no es fácil de decir es lo que Tirifilito entiende por intelectual. Por hombre de acción, sí; hombre de acción le llama a un volatinero. En el cine, en el teatro del silencio, hombre de acción es sobre todo Charlot.

Tirifilito se promete una buena temporada. Ya ha empezado por apostar una cena para todos los amigos a que la situación dura más de los noventa días. «Si es insustituible!» — exclama.

Tirifilito, que se promete ahora no pocas emociones de los hombres de acción, era apolítico, o mejor, era neutro en política; pertenecía a la masa neutra. Y está entusiasmado como tantos otros neutros, comunes de dos, epicenos y ambiguos. Como los ambiguos sobre todo.

¡Lo que le divierte a Tirifilito el que don Epistacio, a cuyo padre arruinó el padre de aquél, tenga que ir a la hora a la oficina! «¡Nada, nada, a trabajar todo el mundo!» — dice a la hora de tomar café y cuando se dispone a echar su partida de billar antes de emprender la de tresillo. Porque Tirifilito es de los que tienen que perder. A las veces una apuesta.

«¡Sensacional!, ¡sensacional!» — exclama cada día al entrar al casino.

Miguel DE UNAMUNO.

